ENGELS Y PABLO IGLESIAS

PEDRO LAIN ENTRALGO.

Hojeando la edición alemana de las obras completas de Marx y Engels («Karl Marx und Friedrich Engels. *Werke*», 39 Bd., Dietz Verlag, Berlín, 1968-1972) han saltado a mis ojos las cuatro cartas que Engels dirigió a Pablo Iglesias. Para cuando se escriba la biografía completa del fundador del socialismo español, acaso tengan interés una breve noticia de ellas.

Pablo Iglesias y Federico Engels debieron de conocerse en París con motivo del Congreso Internacional Socialista de Trabajadores que en 1889 fundó la Segunda Internacional. Meses más tarde, en marzo de 1890, Paúl Lafargue remite a Engels el original de una carta que él había recibido de Pablo Iglesias. Engels la comenta así: «Gracias por la carta de Iglesias, que le devolveré a usted la próxima vez. Ese Back es un ruso-alemán de las provincias bálticas, que hace como diez años comenzó a editar en Ginebra una revista báltica (en alemán), y al cual el viejo Becker, que no disponía de nada mejor, intentó convertir al socialismo. Back ha enviado un artículo a Kautsky sobre el partido español fundado por él mismo, pero Kautsky me ha dado el manuscrito sin publicarlo. ¡Qué frescura la de este falso ruso báltico, poniéndose a la cabeza de un partido español formado por tres oficiales sin soldados!» (Engels a Paúl Lafargue, 7-III-90). No sé si entre los papeles del Partido Socialista Obrero Español perdurará algún recuerdo de este presunto y extraño aspirante a organizador de nuestro socialismo.

La primera de las cartas de Engels a Pablo Iglesias fue escrita, como antes dije, a mediados de abril de 1893. La copia del texto original —en español— ha sido traducida al alemán para la edición que yo he manejado y su contenido, muy breve, no deja de ser curioso. Traduzco: «Querido amigo Iglesias, no puedo responder a tu carta sin decirte de antemano que me ofendes tratándome de usted. No creo merecer esto. Los dos somos viejos internacionales, y durante veinte años hemos luchado codo a codo en los mismos combates. Cuando yo era Secretario para España me habéis concedido la honra de tutearme, y por esto te ruego seguir como antaño. Van adjuntas unas líneas para vuestro número de mayo...».

Más extensa es la carta segunda, fechada el 26 de marzo de 1894. Contesta Engels con ella a dos de Pablo Iglesias, una del 24 de noviembre del año anterior y otra, recién llegada a sus manos, del 22 de marzo del mismo año. No era chica hazaña en 1894, que una carta llegase en sólo cuatro días de Madrid a Londres. Engels, que desde hace casi un año no ha escrito a su correspondiente, ratifica su petición de tuteo: «Esta será mi última carta si te obstinas en tratarme de usted. Tendría yo toda la razón para ofenderme, si me negaras el tratamiento habitual entre viejos internacionales y compañeros de lucha. Anselmo Lorenzo me lo concedió en 1872, y tantos compañeros más, viejos y jóvenes, me lo conceden. ¡Por tanto, al *tú!*» A continuación deplora no haberse encontrado con él en Zurich, en donde coincidieron con motivo del Tercer Congreso Internacional Socialista (6-12 de agosto de 1893) y le cuenta el fracaso de sus varias tentativas para lograrlo. «Uno de los motivos de haber ido yo a Zurich, y no el menor, fue la esperanza de ver personalmente a mi viejo amigo Iglesias y estrechar su mano», añade. Le agradece el envío regular de «El Socialista» —«con placer lo leo los sábados por la tarde»—, y expresa su satisfacción viendo en sus páginas que la organización socialista progresa en toda España, «que en las provincias vascas nace el socialismo sobre las ruinas del carlismo y que las alejadas provincias de Galicia y Asturias empiezan a moverse». «¡Enhorabuena!», agrega en

castellano. Comenta acto seguido las noticias que acerca del movimiento anarquista le da Pablo Iglesias: «Los anarquistas están probablemente en trance de matarse a sí mismos. Esos violentos ataques, esa serie de atentados, insensatos todos y en el fondo pagados y provocados por la policía, acabarán abriendo los ojos a los burgueses sobre el verdadero carácter de esta propaganda de locos y confidentes. Hasta la burguesía encontrará con el tiempo absurdo pagar a la policía, y a través de la policía a los anarquistas, para que salten por los aires los mismos burgueses que pagan. Y si ahora corremos el riesgo de sufrir bajo la reacción burguesa, a la larga ganaremos, porque de este modo podremos demostrar a todos que entre nosotros y los anarquistas media un abismo». Siguen a este párrafo varios, en los cuales va exponiendo sumariamente la situación del movimiento obrero en Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y Austria —«después de todo lo que he visto, me parece que los socialistas austríacos tienen un gran porvenir»—, y se disculpa de no enviarle unas líneas para «El Socialista» del 1 de mayo: está metido en la redacción definitiva del tomo III de *El capital* de Marx, y se ve obligado a desistir de cualquier trabajo, tanto para el 18 de marzo, como para el 1 de mayo. «Te abrazo cordialmente», termina diciendo.

Seis meses transcurren hasta la carta siguiente, escrita entre el 6 y el 16 de agosto de 1894. Responde a dos de Pablo Iglesias, fechadas el 8 de junio y el 27 de julio, en las cuales éste pedía a Engels ayuda para que las organizaciones obreras de Europa se adheriesen al Cuarto Congreso del Partido Socialista Obrero Español (se celebró entre el 2 de agosto y el 1 de septiembre de ese año). Engels le da cuenta de sus gestiones, y pondera de paso las dificultades por que atraviesa el movimiento obrero inglés, partido en varios grupos rivales. «A pesar de todo —concluye— ese movimiento va adelante entre las masas trabajadoras, gana más y más terreno la idea de la socialización de los medios de producción, y vendrá un día en el cual las masas conscientes echarán por la borda a todos los integrantes y jefes comercializados». Una petición: que

haga enviar «El Socialista» a Eleanor Marx-Aveling (hija menor de Marx y esposa del médico y publicista Edward Aveling); publica semanalmente en el *Workman's Times* un informe sobre el desarrollo del movimiento internacional, y lee el español. «Viejo y fiel amigo» suyo, se declara en la despedida.

La cuarta y última carta es del 16 de marzo de 1895; pocos meses más tarde, en agosto de ese mismo año, moría Engels. Se disculpa ahora de no haber respondido antes a las de Pablo Iglesias del 19 de octubre del año anterior y de febrero: no sabía si el firmante de ellas había salido o no de la cárcel de Málaga, en la cual había ingresado como principal responsable de la huelga que en la primera mitad de octubre de 1894 iniciaron en esa ciudad los trabajadores de la fábrica de tejidos de la casa Larios; huelga que duró ochenta días y con la cual se solidarizaron obreros de otras ciudades españolas, en primer término Madrid. Los socialista de Barcelona pidieron a Eleanor Marx-Aveling que informase a las Trade-Unions inglesas acerca de la situación de los huelguistas malagueños. Con este motivo, Engels lamenta otra vez el estado de las organizaciones socialistas en Inglaterra; y tras expresar su admiración ante la valentía y la tenacidad de los trabajadores y trabajadoras de Málaga, añade este pintoresco relato:

«El nombre del Marqués de Larios me ha recordado una historia que aconteció hacia 1850.»

Había entonces en Gibraltar una casa comercial Hermanos Larios (judíos). Un comerciante inglés les enviaba en depósito muchas de sus mercancías para que ellos las vendiesen *como artículos de contrabando* a otros comerciantes del territorio español. Estas mercancías eran siempre decomisadas por los aduaneros españoles, y los Larios pagaban al inglés el importe de la cantidad con que este las había asegurado, como en tales negocios es usual. La cosa, sin embargo, no gustaba nada al inglés, que desapareció del mercado español y perdió la mayor parte de los beneficios. Para comprobar por sí mismo por qué tales

acciones afectaban siempre a sus mercancías y no a las de los demás, viajó a Gibraltar, pero no pudo descubrir la causa. Hasta que paseando un día por la ciudad, vio cómo un carro perdía una rueda, con lo cual algunas cajas con mercancías cayeron al suelo y se rompieron. Eran sus cajas, llevaban la marca de su casa; pero en lugar de mercancías contenían arena. El enigma quedó resuelto: los Larios comunicaban a los carabineros españoles el envío de las cajas llenas de arena, las cuales eran inmediatamente decomisadas, y pagaban al inglés el montante del seguro; luego expedían las mercancías a sus intermediarios españoles, ahora por su cuenta y de modo más seguro, y sin mayor riesgo se embolsaban todas las ganancias del negocio.

El encolerizado inglés corrió hacia la casa Larios. «¡Daré publicidad a todo esto, les formaré un escándalo y les llevaré ante el juez!» «Señor mío, ¿para qué tanta indignación? Le pagaremos a usted lo que exija, y recibirá la satisfacción que desea». Tras mucho tira y afloja, se pagó al inglés una determinada suma, y los Larios firmaron la siguiente declaración:

«Los Hermanos Larios somos los mayores pillos de esta ciudad de Gibraltar, y aconsejamos a todos no hacer negocios con nosotros, porque si los hacen pueden estar seguros de ser engañados. Gibraltar, tantos de tantos... Hermanos Larios».

Esta declaración fue colgada en la Bolsa en Gibraltar, sobre el lugar donde el viejo Larios solía instalarse y donde durante veinte años hizo sus compras y sus ventas, con este rótulo clavado en la pared, encima de su cabeza.

El Marqués de Larios, ¿pertenece a la familia de estos Larios de Gibraltar?».

Aquí termina la correspondencia entre Pablo Iglesias y Federico Engels. En el índice del volumen que la contiene, los editores soviéticos («Instituto para el Marxismo-Leninismo, en el ZK de la SED») resumen así su vida: «Iglesias, Pablo (1850-1925). Impresor, publicista proleta-

rio, representante del movimiento obrero español e internacional, miembro del Consejo Federal Español de la IAA (1871-1872); redactor del periódico «La Emancipación» (1871-1873) y miembro de la Nueva Federación Madrileña (1872-1873). Luchó contra la influencia anarquista. En 1879, cofundador del Partido Socialista Obrero Español, y más tarde jefe de su ala reformista. Delegado en los Congresos Socialistas de Trabajadores de 1889, 1891 y 1893». En su honor —en honor de un hombre que con tanta abnegación y eficacia luchó, no sólo para mejorar la condición de los trabajadores españoles, también para que España fuera un país plenamente europeo— he querido ser yo ocasional informante y traductor.